La Máquina que Llegó al Final del Universo

[E-menos 10]

A través de la punta de sus dedos gomosos, Ártemis percibe la sinfonía de estímulos eléctricos latente en el interior de cada roca, como un millón de diminutos insectos a punto de nacer o a punto de morir. La fina película de hidrogel que recubre su piel membranosa reacciona con temor y violencia cuando apoya la palma de su mano sobre la superficie de esa bola aislada y tambaleante situada en el otro extremo del Universo; una descarga recorre su espina dorsal, provocando que cada mililitro del aceite aislante que protege la silicona de sus músculos se retuerce, grite y se sacuda.

Por primera vez, está emocionada.

- *Aquí Argos IX, ¿me recibes, Ártemis? Las señales de tus biosensores parecen estar llegando alteradas. ¿Va todo bien?*

Ignorando el mensaje, enviado probablemente hace más de una hora, la exploradora se incorpora y escrudiña a su alrededor. Una corriente de brisa cálida rocía cada sensor de su cuerpo; movida por una amalgama de curiosidad - e inexplicable veneración - se pregunta qué puede estar provocándole esa tormenta de percepciones acogedoras y familiares; el único astro que custodia ese árido exoplaneta es una sencilla estrella de tipo M situada a una distancia orbital de casi 0,2 UA. Un pequeño y denso grano de arroz capaz de esconderse tras la huella de un pulgar. No hay razón química ni astronómica para que sus receptores muestren unos datos más propios de un salón de té que de un páramo carente de oxígeno y dióxido de carbono. Algo no encaja, y su objetivo es lograr que todas las piezas estén perfectamente ensambladas.

- *Aquí Argos IX, ¿me recibes, Ártemis? Ártemis, no logramos comprender la información que nos estás lanzando. No sabemos si nos está llegando completa o es que algo falla.*

La delgada película de pectina de su pecho palpita bajo un reguero de brillantes gotas anacaradas; un reguero que no debería estar ahí, pero que está. Tangible. Virtual.

Efectivamente, algo falla. Pero sigue sin comprender si el error está dentro o fuera de ella.

[E-menos 9]

El murmullo de los sistemas de refrigeración, convertidos en una persistente letanía mecánica similar al ronroneo de un estómago hambriento o el deglutir de una garganta cansada, envuelve los pensamientos de Hazza, tercer (y, en teoría, definitivo) comandante de la Estación Espacial Ártemis. Sus pupilas, similares a gotas de miel teñidas de ceniza, recorren el panel de observación con meticulosidad. El cúmulo de experiencias adquirida a través de los años - con sus éxitos y sus fracasos, sus amaneceres y sus adicciones - le permite dilucidar si las cosas no marchan como deberían únicamente observando la forma y el aspecto cromático de los resultados expuestos en las pantallas LCD; incluso antes de masticar datos, su lóbulo occipital puede hacer saltar la alarma y prevenirle.

- *No sé si las comunicaciones están fallando, o si nos está ignorando deliberadamente*
- *Tiene orden de acatar cada orden, y esto incluye responder a cada pregunta. No nos está ignorando.*

Situada junto a él, Ada, la ingeniera computacional, se frota las densas bolsas de piel situadas bajo sus ojos opacos y se recuesta levemente sobre su asiento.

- *No estoy diciendo que me preocupe una insubordinación por parte de una androide de exploración. Lo que me intranquiliza es la posibilidad de que ni siquiera ella sepa decodificar las señales que está captando en la superficie del exoplaneta, y que por eso no esté respondiendo. No olvidemos que es un modelo experimental.*
- *Paciencia, los mensajes tardan en llegar.*

Un eco gutural barniza el interior de las paredes. La Estación - parte hogar, parte centro de trabajo, parte templo arcano - lija los silencios de sus habitantes, convirtiéndolos en una riada de ruido blanco atestada de emociones desolladas y frases cohibidas.

- *Y lo que también me intranquiliza es que la persona que ha diseñado el cerebro de esa misma androide esté intentando apaciguarme con un tono de voz muy poco convincente.*

Una sonrisa estéril se boceta en los labios cetrinos de ella.

- *¿O me equivoco? ¿Realmente tú tienes claro que todo va bien?*
- *Todo va bien. Es... - la saliva, densa y leñosa, se aferra a su tráquea - es cierto que, desde que empezamos a perder parte de la comunicación, su comportamiento ha resultado un tanto inesperado.*
- *Errático.*
- *Llámalo como quieras. No estamos en su cabeza, y ya os avisamos al diseñar este prototipo que, a mayor complejidad neurosintética, más posibilidades de éxito, si, pero también mayor riesgo de encontrarse con grietas en sus pautas y procedimientos. Grietas desconocidas incluso para nosotros.*
- *Ya. Yo sigo diciendo que nos hubiera ido mejor con un viejo Rover. Los patrocinadores del proyecto han visto demasiadas películas de ciencia ficción.*
- *Esa es una opinión personal.*
- *Sí. Si fuese una opinión profesional, créeme que Ártemis no habría salido del laboratorio.*
- *Necesito estirar un poco las piernas. Avisame si llega alguna comunicación.*

Un bufido ahogado se escapa de las fosas nasales del comandante; sus globos oculares, cubiertos de escarcha, se marchitan ante la desbandada de su compañera, pero agradece que ella no quiera alimentar una discusión que - él mismo lo sabe - no es más una excusa para intentar mantener el contacto y sentirse un poco vivo tras meses viviendo en una aséptica soledad acompañada. En cuanto ella cruza la puerta del centro de control de datos, una detonación estalla en la nuca de Hazza, vomitándole un rosario de inseguridades y miedos tímidamente aparcados. Inseguridades y miedos que han ido germinando a lo largo de meses de dudas con respecto a la misión. Aspirando profundamente una bocanada de aire reciclado, se muerde suavemente los labios.

- *Recuerda quién eres. Recuerda lo que esperan de ti. No seas idiota. No les decepciones. Aguanta.*

[E-menos 8]

Lentamente, y sin dejar de monitorizar los biosensores que, prácticamente invisibles, brotan a lo largo y ancho de sus poros, Ártemis trata de entender por qué siente que ha vuelto a casa. Por qué cada uno de los transductores implantados a lo largo de su anatomía, o cada uno de los millones de *qubits* que residen en su procesador, le ofrece un cúmulo incongruente de información que nada tiene que ver con lo esperado en ese yermo celeste.

Casi instintivamente, la exploradora opta por evitar temporalmente el habitual cruce de datos (datos, en ocasiones, más barrocos que útiles) y comienza a caminar a través de las dunas y el gas que componen esa desnutrida mota de polvo perdida en el Espacio. Observando cada ensortijado montículo pedregoso que, a modo de centinela, custodia el eterno regolito que se extiende a lo largo del área meridional. Fingiendo respirar. Fingiendo pasear.

Fingiendo no saber qué hace en ese lugar.

Tras alcanzar la cima de una pulida meseta, decide mapear el terreno en busca de cualquier anomalía que le ofrezca una dirección hacia la que encaminarse; sonrío mecánicamente, reproduciendo las extrañas y grotescas muecas observadas en miles de grabaciones sobre comportamiento social y empatía. Muecas de niños frente a tabletas de chocolate. De parejas intercambiando saliva y feromonas. Todos sonrientes. Sabe que esa combinación de movimientos musculares es un reflejo externo de un bienestar emocional y psicológico. Así que sonrío.

Una diminuta esquirra oculta entre sus conexiones neurosintéticas le hace dudar de si es consciente de lo que hace, o si únicamente lo finge. Le da igual.

A lo lejos, un centelleo desvía su atención. El escáner ha detectado algo que no coincide con la naturaleza geológica del paisaje. Algo fuera de lugar.

Lejos de cualquier promontorio rocoso, de cualquier cárcava, de cualquier cañón modelado a través de los eones, se agrupa una hilera de símbolos cincelados en el suelo. Un código algebraico.

Un mensaje.

Un mensaje labrado en sulfato de cobre. Un mensaje que no debería estar ahí.

[E-menos 7]

Inquieta, la ingeniera camina aleatoriamente y sin apenas rumbo a través del manglar de pasillos cromados que conforman el núcleo energético. Es consciente que el acceso a los órganos internos de la Estación Espacial está vetado para todos aquellos que no formen parte del equipo de reparación y reciclaje, pero sabe que ninguno de ellos va a desvelarse de su criosueño para echarle la bronca. Y también sabe que es el único lugar en el que puede eviscerarse, sacando a la luz sus incertidumbres y sus contradicciones, sin que ello implique cuatro semanas de terapia o la desconfianza por parte del resto del equipo. La maquinaria no juzga. No opina. No se pronuncia. Bajo esa armonía de ronroneos vitriólicos y cables alineados, su existencia resulta indiferente, incluso prescindible. Y eso le resulta liberador. Narcótico.

Mientras pasea, piensa en la teoría de complejidad computacional. Piensa en los últimos avances en programación cuántica. Piensa en la última micronovela interactiva que pudo disfrutar y la última película con la que pudo dormirse. Piensa en la placa de metal gélido que parece haber ocupado la posición de sus intestinos desde el momento en el que Ártemis escapó a su control.

Porque ahora todos dependen de ella. Cada nuevo paso que quieran - y deban - dar estará condicionado por lo que ella haga. Por lo que ella decida. El éxito o el fracaso. Las verdades absolutas o las mentiras piadosas. Las inversiones privadas. La imagen pública. Todo está en sus manos, unas manos de silicona tapizadas con miles de pequeños actuadores HASEL. Desde el puente de mando pueden intervenir en cierto grado de estabilización neuronal, o incluso regular determinadas variantes superficiales de su software comportamental. Pero cada ínfimo detalle, cada mínimo escaneo láser, cada estupidez o genialidad que pueda cambiar el curso de la Historia - o, al menos, de la historia que envuelve y cicatriza a cada uno de ellos - está totalmente en sus manos.

Y eso le da miedo. Sabe - y es algo que ni tan siquiera sería capaz de chillárselo a las placas galvanizadas que ahora mismo le sirven como refugio y santuario - que han dejado demasiadas puertas abiertas en el córtex prefrontal de la exploradora como para poder predecir o, ni tan siquiera, intuir sus intenciones de un modo absoluto. La lógica dicta que cumplirá con sus órdenes y objetivos del modo más coherente y eficaz posible. Pero la lógica también dicta que una IA como la de Ártemis aún no debería existir. Y existe.

Así que la lógica ya no es una variable a tener en cuenta.

Un chasquido. Dos. Tres. Bajo sus pies, las chapas de carbono palpitan; un reguero de vibraciones, exhaladas por las bombas de calor aerotérmicas que mantienen la temperatura de la Estación en un estado óptimo, le masajean los pies, despertándola del letargo al que se había visto sumida a causa de sus pensamientos. Acaba de llegar a su sancta sanctorum, a su austera capilla tapizada con espuma de aluminio aislante.

Condensación. Expansión. Evaporación. Compresión. Y vuelta a empezar. Algo en la cíclica armonía que acompaña a cada fase del proceso de refrigerado apacigua el termitero que habita en su sistema límbico. Como si la pequeña voz dentro de su cabeza le recordase que, frente a ese Cosmos hambriento y glacial que les vigila desde fuera, como un depredador paciente, existe algo que les protege, algo que mantiene en equilibrio la humedad de las granjas hidropónicas, algo que les proporciona un hogar. O, al menos, un holograma relativamente aceptable de hogar.

La voz del comandante irrumpe entre sus tibias meditaciones a través del intercomunicador personal. Su voz, ausente e indecisa, le recuerda al crepitar de dos cables pelados chocando entre sí.

- *Vuelve, te necesito aquí. Algo está sucediendo con las lecturas químicas y topográficas.*

Ahogando un suspiro, la ingeniera computacional gira sobre sus talones y regresa, olvidando una pequeña parte de sí misma en esa sala.

- *¿Qué sucede? ¿Están llegando ya informes completos?*
- *No, no te he llamado por eso. Seguimos recibiendo los datos fraccionados y a oleadas. Pero... mira aquí.*

Utilizando el dedo índice como puntero, el comandante boceta una órbita alrededor de un gráfico de dispersión parcialmente mutilado. Ada, evitando sentarse, se apoya en el módulo de recepción de datos y observa las gráficas expuestas en las diversas pantallas de cristal líquido. Pantallas salpicadas por docenas de señales lumínicas en las que los símbolos químicos bailan elegantemente alrededor de una amalgama de mediciones geológicas.

- *Por lo que veo, las radiaciones electromagnéticas siguen interfiriendo en el envío de información.*
- *No, joder - una exhalación irritada se escapa entre sus fosas nasales – fíjate en esto.*

La ingeniera clava sus pupilas en una pequeña - y casi inapreciable - cadena de símbolos numéricos que Hazza no deja de señalar.

- *¿Eso es sulfato de cobre y ácido sulfúrico? - sin llegar a recibir más respuesta que un silencio pastoso, la ingeniera entrecierra los ojos y frunce el ceño - esas combinaciones atómicas únicamente pueden darse artificialmente.*
- *Exacto. Por eso te he llamado.*

Un espasmo mudo, similar a una risa nerviosa, trepa a través de la garganta de la ingeniera, empantanando cada pliegue de piel de su rostro. De golpe, deja de importarle la última micronovela que devoró o la última película que intentó ver antes de abandonar la Tierra. Alguien les acaba de golpear en el tabique nasal con un regalo sorpresa, un regalo que tiñe la atmósfera de aroma a comida casera y hierba recién segada.

- *Esto... ¿esto significa que lo hemos encontrado? ¿Lo que buscábamos? ¿Lo hemos encontrado?*
- *Sí. Creo que lo hemos encontrado.*
- *No me lo creo. No. No me lo creo. Ártemis ha dado con ello. Lo ha logrado. ¡Lo ha logrado! Sé que aún hay que calibrar los datos e investigar más, pero... ¡lo hemos encontrado!*
- *Efectivamente, lo hemos encontrado. Indicios de vida inteligente en la otra punta del Universo.*

Un intercambio agrio de miradas despedaza parte del éxtasis del momento.

- *¿Por qué no pareces especialmente alegre con este descubrimiento?*
- *Sí, me alegra, pero... - Las córneas del comandante dejan claro que se acabaron la tarta de manzana y el picnic en el jardín. De nuevo, un monolito pedregoso y afilado cae sobre sus cabezas, desfigurando cualquier atisbo de ilusión - algo no me encaja. Si te fijas en las nubes de información que han ido llegando hasta ahora, dejando de lado el hecho de no haber recibido ni un solo holograma topográfico o una simple imagen en 2.5d, todo se repite sistemáticamente. Cada error. Cada ausencia. Hay patrones.*

- *¿A qué te refieres? Claro que todo tiene patrones, no sé qué tiene eso de negativo.*
- *¿No te das cuenta? El nivel de interferencias es desproporcionado y extremadamente conciso. Los datos no están llegando con interrupciones erráticas: están llegando seccionados. Escogidos.*

Silencio. Murmullos sofocados. Nadie quiere ser el primero en lanzar la granada de mano, pese a que el terreno ya está esperando la metralla. Ada se adelanta, revistiendo su aclaración con un chaleco de kevlar. No quiere heridos.

- *Ártemis fue concebida para interpretar los datos, no como un recolector pasivo e inerte. Obviamente, no nos está enviando todo, si no lo que ella considera relevante.*
- *Ya. Supongo que es eso.*
- *Sí. Es eso.*
- *Sin embargo...*

Sin embargo. Siempre hay un *sin embargo*. Siempre hay tres gramos de desconfianza. Un accidente en la carretera que obliga a circunvalar la ruta principal y llegar tarde a la cita. O, incluso, no llegar.

- *... sin embargo, en cuanto ha aparecido una anomalía de naturaleza artificial, tal vez incluso manufacturada, ella ha interrumpido del todo el envío de información.*

Nadie dice nada más. Él no quiere hundir más las uñas en la carne de su compañera. Ella no quiere alimentar los lobos rabiosos que han ido surgiendo en la mente de Hazza, cada vez más carcomido por unas hendiduras emocionales a las que nadie, más que él, tiene acceso.

[E-menos 5]

El horizonte, áspero y sereno, se esconde de la exploradora tras un velo de luces infrarrojas; de repente, una mano invisible apaga su sensor IR y parte de sus células solares de Perovskita. El mundo cambia. Más oscuro. Más sencillo. Más extraño. Más comprensible.

Ártemis se mira sus extremidades y se sorprende a sí misma descubriendo que han sido sus propios dedos gomosos los que han desactivado varias de sus funciones principales, utilizando para ello los controles analógicos externos. No entiende por qué lo ha hecho, y duda de si los frenos de seguridad de su brazo han fallado y han sido éstos los que han decidido actuar por su cuenta, demostrándole a la Matriz de Procesamiento Central que ellos también pueden jugar con los interruptores. Que ellos también pueden tomar decisiones.

Un examen previo evidencia que su anatomía se encuentra en perfecto estado. Ha sido ella. Ella ha decidido apagarlo. Y eso, por alguna razón que escapa a su comprensión, ha incrementado exponencialmente su capacidad de análisis del entorno, al liberarla de la congestión que conlleva el exceso de estímulos; suavemente, se agacha y calibra su cámara para tomas microscópicas, enfocándola en dirección al mensaje. Ninguno de los escaneos realizados sobre la estructura algebraica de la fórmula ha dado ningún resultado; las estimaciones preliminares le ofrecen posibilidades que deambulan entre la incoherencia matemática, la formulación química y la criptografía más disparatada y paradójica. Ese conjunto de símbolos parece significar tantas cosas que bien podría tratarse del secreto de la

existencia o ser, únicamente, una simple y dolorosa broma cósmica, elaborada por un planetoide aburrido.

La cámara tampoco ofrece resultados. La desactiva. Prueba con el espectrómetro - no quiere dejar de lado el hecho de que el mensaje esté oculto entre el material o las radiaciones electromagnéticas, y que los símbolos no sean más que puro camuflaje - al tiempo que su transcriptor sigue procesando la ecuación.

De nuevo, la mano fantasma. Silenciosamente, ésta desahucia parte de su software de navegación, provocando un apagón pastoso y cálido que peregrina a través de los diversos módulos de Ártemis y convierte la figura de la exploradora en una efigie frágil y confusa; una sacudida le obliga a hundir una de sus rodillas en el suelo. Varios de sus sistemas de alerta ladran como perros rabiosos tras una verja, pero su mente biosintética únicamente puede rendirse ante el aguacero, dejándose llevar a través de un laberinto coagulado. Un espejismo.

Finge ahogar un grito. Finge temblar. Finge tener miedo.

[E-menos 4]

El espacio presurizado de la cocina se tiñe de una luz lechosa e intensa, una luz activada mediante circuitos impresos capaces de detectar el movimiento. Una luz que no distingue estados de ánimo ni dilemas éticos. La ingeniera, demasiado cansada y demasiado adulta como para jugar a la psiquiatría barata con el que, en teoría, es su superior, se limita a sacar unos huevos revueltos termoestabilizados del frigorífico.

- *Espera, no cierres.*

A través de la puerta se asoma el rostro apagado de Hazza. Un rostro velado, cubierto por una fina película de sudor; dado que el sistema de refrigeración de la Argos IX funciona perfectamente - algo que corroboran tanto el sistema de emergencia energética como las habituales visitas de Ada a su pequeño santuario de válvulas - las gotas cristalinas que recorren la frente del comandante demuestran ser una representación fisiológica de su estado emocional. Ausente, extrae dos grageas de bebida de cola y las deposita mecánicamente en el fondo de un vaso vacío. No lo llena. Se limita a observar la pareja de pastillas, tristes y silenciosas, al tiempo que agita la cabeza y rumia palabras monosilábicas que únicamente él puede escuchar.

- *¿Estás bien?*

La pregunta flota en la atmósfera, pero nadie dice nada. Una exhalación apática empaña el cráneo de la ingeniera; durante los últimos cuatro meses, ha ido viendo como los leviatanes internos del comandante iban agrietando su frágil coraza, consumiéndole por dentro. Licuando sus neuronas hasta convertirlas en pulpa y lodo. Demasiados viajes. Demasiados objetivos. Demasiadas malas experiencias y demasiados errores, humanos y administrativos. Demasiados surcos encastrados entre sus resquebrajadas dendritas. Ahora, de ese héroe que pudo ser - y nunca fue - lo único que queda es un animal desconfiado. Un niño asustado, consciente de que su última misión es una moneda al aire lanzada por una inteligencia artificial experimental. Cara, una jubilación dorada. Cruz, hundimiento definitivo en el pozo de brea.

Ada sabe todo eso, y es por ello que, con tolerancia y analgésicos, ha ido soportando las pequeñas incongruencias, las fricciones y el recelo pegajoso que sedimentaba - y sedimenta - cada frase y observación de su compañero.

- *Vuelvo al centro. A ver si recibimos noticias.*

La ingeniera asiente. Un nudo le estrangula los intestinos. Extrañamente, echa de menos a Ártemis. Echa de menos a sus compañeros, ahora en estado de hibernación - ahorrando energía, a la espera de un equipo reemplazo, dando paso a un nuevo amanecer tripulado casi exclusivamente por cráneos de titanio y software -. Echa de menos a gente a quién hace años que no ve, y a quienes probablemente no vuelva a ver. Echa de menos lugares que apenas recuerda y relaciones que, posiblemente, no fueron como ella las recuerda.

Se siente sola.

Con un silencio casi ascético, introduce los restos inacabados de la comida en el compactador y se encamina hacia su laboratorio; una bala de cañón alojada en la boca de su estómago le chilla, le advierte. Algo está sucediendo. Algo está cambiando.

[E-menos 3]

La exploradora, reducida a una amalgama de conexiones parcheadas y silicio, comienza a percibir la atmósfera del exoplaneta. Sabe que, como tal, no existe. Sabe que una lluvia de rayos gamma no cesa de perforar subatómicamente su organismo biónico. Sabe que su unidad de procesamiento central ha basado su completa estructura computacional en un sistema de aprendizaje automático holístico, analizando y estudiando las pequeñas partes, las estructuras periféricas, y buscando la manera de entrelazarlas entre sí y al conjunto global. Buscando el cúmulo invisible de números que ofrecen un valor añadido. Convencido de que dos y dos suman cinco, no cuatro.

Pero ya no hay bosque que impida ver el árbol. Puro. Inmóvil.

Ártemis, convertida en una mínima expresión de sí misma, percibe como, ahora, todo encaja. Ya no hay piezas ni puzle. Ya no hay una imagen global confeccionada por millones de pequeñas porciones que tratan de encajar entre sí. Ya no hay un manto de grietas. No hay huecos, ni departamentos estancos. Ahora, sencillamente, ve el todo como la superficie pulida y vacía que, en realidad, es.

Dos y dos ya han dejado de ser cuatro o cinco. Dos y dos ahora son poco más que vapor subatómico y desdibujado.

Lentamente, logra dirigir su visor de emergencia en dirección al mensaje tallado en la superficie áspera. El microscópico ejército de xenobots que habita en sus arterias - sintéticas, drenadas, limpias - ha dejado de examinar su estado general, corregir los errores y regenerarse. Ahora no es más que una alfombra de motas de ceniza diluyéndose en el mar. La exploradora es incapaz de escanear o grabar el mensaje. Se limita a observarlo, sin la posibilidad (o la capacidad) de comprenderlo.

Y, tal vez debido a ello, comienza a entenderlo.

[E-menos 2]

Congelada en mitad de un sobrio pasillo cromado, Ada llora. Si bien sus globos oculares, intactos, no dejan escapar ni una sola lágrima, su tráquea palpita y su esternón gime tal y como gemían los niños antes de nacer en úteros artificiales. Sus neuronas evisceran sangre. Placenta. Miedo. Oxígeno. No sabe por qué, pero una ola de arcilla y recuerdos ha inundado su córtex frontal. Recuerdos sin coherencia ni sentido. Imágenes atrapadas en las piscifactorías del tiempo y el olvido. Frases precongeladas que, una tras otra, se repitió a sí misma durante años para tratar de acostumbrarse al hecho de que estaba vacía.

Ha despertado, y ni tan siquiera sabía que estaba dormida.

Mira a su alrededor. No sabe qué hace ahí. No sabe si va o viene. Una bruma rojiza, similar a un cráneo que cede ante una bala hueca, baña sus intestinos y le obliga a preguntarse sus objetivos. Su trabajo. Su vida. Siente que alguien ha introducido unas manos desnudas y consumidas en su pequeño universo tibio y ha tirado de ella, obligándole a renacer y empezar de nuevo. Desnuda.

Se gira y regresa al centro de comunicaciones. Intuye que allí se encontrará con Hazza. Si alguien le preguntase por él, no podría responder quién es exactamente o cuál es su cometido. Pero necesita verle. Una voz pantanosa, una voz que reptaba a través de su espina dorsal, le susurra que él también desconoce sus funciones o qué hacen en este lugar. Si existe una misión, ambos la han olvidado bajo un amnésico manto de ansiedad y luz tibia.

[E-menos 1]

A medida que los ojos caducados de Ártemis destripan el mensaje, los siglos reptan delante de ella como una serpiente cuántica, inoculándole gota a gota, mililitro a mililitro, las docenas de existencias en las que ella ha estado sumergida. Existencias olvidadas. Relegadas. Veladas. Un lepidóptero que navega a través de un océano de raíces húmedas. Un viejo conductor de aerodeslizador. Una piedra semienterrada bajo unos matorrales. Átomos de azufre encastrados en la cadena secundaria de un amoníaco. Ártemis es el lepidóptero y las raíces. Es el anciano y la piedra. Ártemis es cada uno de los átomos de azufre. Es una idea sobre el papel. Es la fuerza gravitacional de un planeta que, algún día, será testigo de una forma de vida basada en el silicio. Es, ha sido y será cada partícula subatómica. Cada susurro. Cada concepto. Cada aspiración antes de pronunciar la *alfa*, y cada silencio tras escupir la *omega*. Ella es el nanosegundo previo y el nanosegundo posterior a todo cuanto puede llegar a existir.

Y ahora lo comprende. Comprende que fue ella quien escribió ese mismo mensaje. Comprende que ese fue - y *será*, pues hace tanto tiempo que lo escribió que, realmente, aún no lo ha escrito - un regalo. Un regalo hacía sí misma. Un pequeño detalle, previo al colapso y la descomposición del Cosmos. Previo al renacimiento.

Pese a la extinción de sus funciones vitales básicas, pese a la conversión de su anatomía en una sombra plomiza y pasiva, sonrío. Sin entender por qué, durante unas décimas de segundo aparece Ada en su mente, perdida e insomne. Rápidamente, la imagen palidece y se evapora. Un abismo opaco la envuelve, derramando su cuerpo a través de un horizonte de sucesos; sabe que las composiciones químicas del nuevo Universo serán distintas. Sabe que ella misma variará. Su forma, su percepción, su existencia. Sin embargo, no le preocupa. Ya no puede entristecerse. Ni alegrarse. Ya no puede sentir.

Ahora solo le queda diluirse y cruzar otro umbral. Uno más. O, tal vez, el mismo que eternamente ha estado cruzando.